ONOMÁSTICA ANDINA

Rodolfo Cerrón-Palomino¹

En esta sección se da inicio a una serie de artículos sobre toponimia andina, en especial las de base quechua y aimara, lenguas para las cuales se cuenta ya con estudios cada vez más sólidos de carácter lingüístico y filológico. Como se sabe, la toponomástica constituye una de las disciplinas humanísticas más complejas por la variedad de conocimientos que ella comprende y exige, siendo la lingüística y la filología dos de sus pilares fundamentales, sin las cuales toda empresa etimológica resulta sencillamente ingenua. Por lo que respecta a la toponimia andina, uno de sus defectos más saltantes ha sido justamente la ausencia de tales disciplinas entre sus practicantes, al devenir en una actividad en manos de simples aficionados, para quienes el solo hecho de saber (aunque no siempre conocer) una lengua bastaba para erigirse en autoridad en la materia. Otro de los vicios de la toponimia andina, tal como se la practica hasta la fecha, se refleja en una constante que nubla e impide cualquier intento esclarecedor: el querer explicarlo todo a partir del quechua, práctica que se inicia con los primeros historiadores del antiguo

1. Director del Seminario de Onomástica Andina del Instituto "Riva Agüero" de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Perú, y cuyo eximio representante es el Inca Garcilaso. A decir verdad, tampoco han faltado aimaristas a ultranza, que a su turno buscaban reducirlo todo en favor de un étimo aimara. Hay, en fin, otra nota común, vigente en los círculos más académicos, que caracteriza a los por lo demás escasos ensayos toponomásticos del área: su indeterminación, consistente ésta en proporcionar, sin el menor intento de evaluación, distintas alternativas de interpretación etimológica, como si entre sus practicantes prevaleciera la máxima del “todo vale”. Sobre decir que ello era posible y hasta comprensible mientras no se conocieran la historia y la evolución de nuestras lenguas mayores ni se manejaran los postulados básicos de la lingüística histórico-comparativa. Felizmente, gracias al desarrollo de la lingüística andina, hoy estamos mejor preparados para acometer la difícil tarea de etimologizar. Como se irá demostrando a lo largo de las distintas entregas en esta sección, y sin ánimos de desempolvar la vieja dicotomía, en sí mal planteada, del quechuismo o el aimarismo primitivo de las civilizaciones andinas, muchos de los nombres de lugar para los cuales se proponían étimos quechuas son en verdad de origen aimara. A manera de ilustración, ofreceremos aquí dos casos concretos que apoyan nuestro aserto: los de Cuzco y Ollantaitambo. Ellos prueban por lo menos dos cosas: la presencia del aimara en la zona como idioma de los “ingas antiguos”, y, por consiguiente, el advenimiento posterior del quechua en el área.

CUZCO

Conforme lo adelantáramos en otro lugar (cf. Cerrón-Palomino 1997b), no parece haber duda de que el topónimo *Cuzco* es de cuño aimara por excelencia². Recordemos, a este

-
2. En dicha nota argumentábamos también en favor de la escritura de *Cuzco* con <z> y no con <s>, abundando sobre las razones que al respecto elaboró nuestro colega académico Enrique Carrión (1993). De paso, una buena síntesis de las etimologías que se han propuesto para el

respecto, que el Inca Garcilaso, atribuyéndolo el “idioma particular de los incas”, como lo hace a menudo cuando se topa con términos que desconoce, le da el significado de “ombligo” o “centro” (cf. Garcilaso [1609] 1943: I, XVII. 46), recurriendo a una vieja retórica de origen renacentista (también la ciudad de México será considerada “ombligo y corazón del mundo”)³. Por lo demás, por la época en que escribía el Inca, y en verdad desde mucho antes, el nombre sólo aludía a la ciudad, prestándose a especulaciones como las que menciona Murúa, cuando señala que “otros difieren diciendo que, por ser consagrada al Sol, la llamaron Cuzco, porque este nombre significa cosa resplandeciente en la lengua quechua” (cf. Murúa [1613] 1986: I, III, 499-500). Tal significado, sin embargo, está completamente ausente en los repositorios léxicos coloniales y no parece ser sino una muestra más de etimología popular.

Quien, sin embargo, parece darnos la clave para la interpretación del topónimo es el cronista Sarmiento de Gamboa, que tiene la virtud de constituir una de las fuentes tempranas de la historiografía peruana. En efecto, el historiador toledano, que recoge su información de labios de los descendientes directos de los distintos linajes incaicos, ofrece una de las versiones más completas de la saga de la fundación del Cuzco. Así, pues, según sus informadores, Manco Capac divisa cerca de donde luego se edificará el Coricancha o templo del sol “un mojón de piedra” y ordena que su hermano Ayar Auca, a quien “le habían nacido unas alas”, tomase posesión

topónimo en cuestión, todas ellas absurdas a más no poder, ver Porras Barrenechea (1961: “Prólogo”, XVII-XVIII).

3. La idea de ser un país o estado el centro del mundo está estrechamente vinculada al fenómeno del etnocentrismo, como observaba el abate Lorenzo Hervás y Panduro, precursor de la lingüística comparativa. Dice, en efecto, el erudito conqueñense: “Agatemero en el capítulo primero del libro primero, dice: los antiguos pintaban redondo el mundo habitable, y en medio de él ponían á Grecia y á Delfos. Según esta persuasión vulgar, Pindaro en la cancion VI de los Pitios, y Eurípides en los versos 233 y 461 de la tragedia Ion, llamáron ombligo de la tierra al templo de Delfos” (cf. Hervás y Panduro [1800] 1979: “Introducción”, XI, § I, 93).

de la tierra, asentándose en el mojón. Ayar Auca fue volando hacia el promontorio indicado, “y sentándose allí luego se convirtió en piedra y quedó hecho mojón de posesión, *que en la lengua antigua de este valle se llama cozco*, de donde le quedó el nombre del Cuzco al tal sitio hasta hoy [:] de aquí tienen los ingas un proverbio que dice: *Ayar Auca Cuzco guanca*, como si dijese “Ayar Auca, mojón de piedra mármol” (cf. Sarmiento [1572] 1965: 217)⁴.

Dos cosas son dignas de notarse en el pasaje citado: (a) que el nombre *Cozco* pertenece a la “lengua antigua” del valle; y (b) que <cuzco guanca> significa “piedra mármol”. Lo último es cierto, efectivamente, pues /wanka/ se traduce como ‘pedrón’, aunque lo de “mármol” parece libre rendición del cronista. De manera que, en todo caso, /qusqu wanka/ significaría simplemente ‘pedrón del Cuzco’. De hecho, el mismo dato nos lo proporciona, tal vez haciéndose eco de Sarmiento, el cronista indio Santa Cruz Pachacuti, quien da otros dos equivalentes de la misma expresión: <kkuzko casa o rumi> (cf. Santa Cruz Pachacuti [1613] 1993: fol. 8), donde /q’asa/ es

-
4. Como quiera que los hermanos Ayar llegan a un lugar ocupado por diferentes grupos étnicos, según refieren las crónicas, es lógico suponer que aquél tendría un nombre oriundo. En efecto, eso es lo que nos dice Murúa: “Refieren los indios que, antes que Manco Capac entrase en ella [en la ciudad] y la poblase, se llamaba Acamama, y que tenía moradores naturales, los cuales se jactan de su antigüedad y nobleza. Después que Manco Capac fundó en ella el principio de su monarquía, la puso por nombre Cuzco” (cf. *op. cit.*, III, X, 499). El cronista lucaneño, evidenciando intercambio de informaciones con el historiador mencionado, es la otra única fuente que refiere lo mismo: “[...] la ciudad del cuzco primero fue llamado acamama, despues fue llamado cuzco [...]” (cf. Guaman Poma [1615] 1936: 84). Aunque es tentador ver en <acamama> un compuesto formado por <aca> y <mama> (que cierto historiador panfletario interpreta como “madre chicha”), el hecho es que los componentes sugeridos no evocan significados coherentes ni en quechua ni en aimara. Aún más, María Rostworowski llama la atención sobre la posible forma originaria del topónimo que, según una documentación del siglo XVI, habría sido <Acamana> (cf. Rostworowski 1983: cap. 6, 131, nota 24).

'cerro' y /rumi/ 'piedra'. En ambos casos, como se ve, permanece enigmático el término mismo de /qusqu/.

Ahora bien, descartado el quechua como lengua de la cual provendría el término, una alternativa inmediata sería buscarlo en el aimara. Sin embargo, ninguno de los diccionarios, tanto coloniales como modernos, lo registran, salvo con el significado derivado del nombre de la ciudad. Recordemos, no obstante, que casi todos los repositorios léxicos aimaras, desde la colonia, han recogido materiales propios de dos polos del bastión collavino: las ciudades de Puno y La Paz, y sólo en un caso —el de Torres Rubio— consigna el habla metropolitana de Potosí (cf. Cerrón-Palomino 1997a: § 3). De hecho, que sepamos, una variedad tan importante como la de Oruro nunca fue registrada hasta la fecha. Conversando precisamente al respecto con un hablante de la zona, fuimos gratamente sorprendidos al enterarnos que en dicho dialecto /qusqu/ era una palabra de uso corriente, y que significaba 'lechuza' (Fernando Condori, com. pers.). El dato resultaba interesante; pero, como ocurre en tales casos, había que guardar cautelosa reserva, pues bien podíamos estar ante un ejemplo típico de etimología popular.

Afortunadamente, las cosas sucedieron de otro modo. No sólo pudimos constatar que el término aparece registrado en el magro léxico que disponemos para el cunza o atacameño, bajo la forma <ckosko> "lechuza" (cf. Lehnert 1987), como uno de los varios préstamos que esta lengua registra del aimara, debido a su fuerte contacto prehispánico con la variedad orureña de aquél. También aparece consignado ahora en el reciente vocabulario del aimara chileno de Salas y Poblete (1997: 110): /qusqu/ "chuncho, un tipo de búho pequeño". Es más, la palabra es de uso corriente igualmente entre los chipayas del mismo departamento de Oruro, en cuya lengua se da la variante /qusqa/, con valor equivalente, pero con un dato más: se trataría de una voz onomatopéyica que precisamente recuerda el canto fúnebre del rapaz nocturno. En efecto, Acosta (1998: 12), en su estudio sobre la muerte entre los

chipayas, refiere que “cuando la lechuza (quzqa) se posa encima de la vivienda y emite sonidos con el pico: ‘... qusqu... qusqu...’ es señal de muerte par algún miembro de [la] familia”. Como podrá observarse, la palabra tiene plena vitalidad en el aimara de la región y ella fue tomada, en calidad de préstamo, tanto por el atacameño como por la variante uru del chipaya.

Pero es más: incluso en el quechua, esta vez el ecuatoriano, encontramos registrada la palabra <uscungu> y su variante <ushungu>, con el significado de ‘búho’, tal como la recogen Cordero ([1895] 1992: 21), Grimm ([1896] 1989: 10) y Guzmán ([1920] 1989: 26). Fuera de la terminación -ngu, la forma /kusu/ se explica regularmente en virtud del cambio */q/ > /k/, que tipifica dicha variedad. Finalmente, todavía en la zona de Azángaro (Puno), de fuerte sustrato aimara hasta por lo menos el siglo XVII, se conoce con el nombre de /qusquy/ unas estatuillas de lechuza que los campesinos quechuas emplean en sus ceremonias de fertilidad del ganado y de la tierra (Rufino Chuquimamani, com. pers.). La terminación -y, en el presente caso, evoca el canto agorero del ave, de la misma manera en que lo hace en /pukuy/, la avecilla (/puku/), más conocida como *pucupucu*, aunque esta vez anunciándole al campesino la llegada del alba.

Volviendo ahora al mito fundacional del Cuzco, según la narración de Sarmiento, producto de su averiguación “entre ingas y naturales”, la etimología del nombre parece aclararse: /qusqu wanka/ (o /qusqu q’asa/, o incluso /qusqu rumi/) significaría simple y llanamente ‘el pedrón de la lechuza’, o mejor, ‘el pedrón en el que se posó la lechuza’. Esta, a su turno, habría sido nada menos que Ayar Auca, cuya ornitomorfosis es sugerida por el mito, pues según este, como se vio, a dicho héroe cultural “le habían nascido unas alas”, y, sólo posteriormente, se produce la litomorfosis, fundiéndose el ave mitológica con el peñón en el que fue a posarse, dando lugar también a que el significado original de /qusqu/ fuera absorbido por el de ‘pedrón’: la metonimia estaba consuma-

da. En este caso, el modificador absorbió, vía nuclearización, el significado del elemento modificador: *qusqu*← ‘pedrón’ (/wanka/). Señalemos, de paso, que Sarmiento recoge también otro posible significado de la palabra, que sería “triste y fértil” (cf. *op. cit.*, 217), pero que él rechaza. Sin embargo, creemos que lo de “triste” no es incompatible con la etimología que proponemos, pues el adjetivo puede estar aludiendo justamente al canto fúnebre de la lechuza.

De esta manera, el “antiguo lenguaje” al que se hace referencia no sería sino el aimara, por entonces obliterado por los propios descendientes de los incas, ya quechuizados. El mismo término, que pasó a designar a la ciudad imperial, habría caído en desuso para designar al ave, que en quechua es /tuku/. De su empleo generalizado en un tiempo quedará, sin embargo, en las zonas periféricas del quechua (Ecuador) y del aimara (Oruro y norte chileno), como suele ocurrir en estos casos, la antigua designación: el propio aimara *collavino*, en su área nuclear, incorporará la designación quechua, en su variante /huku/. Pero quedará todavía, refugiado en el léxico ritual, en la región de Azángaro, antiguo territorio aimara hoy plenamente quechuizado⁵.

5. Pero también, a estar por Stiglich (1922: 299), en el topónimo <Coshco>, nombre de una finca en la provincia de Huailas (Ancash), cuyo significado como “de búos” parece haber sido recogido de labios de los lugareños por el propio autor, pues, como dijimos, el término está ausente en los repositorios léxicos peruanos. El registro de dicho nombre en plena sierra centro-norteña no parece sino confirmar la presencia del aimara en la zona antes de la expansión quechua (cf. Cerrón-Palomino 2000: cap. VII, § 3.3). Nótese, además, el carácter palatal de la sibilante, que coincide con el del registrado por una de las variantes documentadas en el Ecuador: <cushcungu>. La forma cuzqueña, en cambio, ostentaba una /s/ dorsal: de allí su registro temprano con <z>, grafía empleada en posición final de sílaba para representarla.

En relación con el topónimo *Ollantaitambo*, que quiere significar ‘el tambo (= posada) de Ollantay’, debemos observar que la interpretación del segundo elemento del compuesto, al tratar de hacerse a partir del quechua, ha sido sencillamente disparatada (cf. Calvo 1998: § 1.3.1, 15)⁶. En cambio, conforme lo demostraremos, su explicación sobre la base de un étimo aimara resulta transparente.

Pues bien, el topónimo originario puede analizarse del siguiente modo: *ulla-nta-y*, donde la raíz es el verbo *ulla-* ‘ver, mirar’, el sufijo *-nta* es un derivador espacial que puede parafrasearse, dependiendo del contexto, como ‘en dirección de arriba hacia abajo’, o también, ‘de afuera hacia dentro’; y la *-y* final es un nominalizador locativo, presente en muchos topónimos, incluso de base quechua, registrados en toda la región andina (del tipo *Chancay*, *Huailay*, *Chinchay*, etc.). De esta manera, el significado prístino del nombre habría sido ‘lugar desde donde se mira hacia abajo’, es decir ‘atalaya’ u ‘otero’, describiendo precisamente la eminencia que ocupa actualmente la fortaleza. Con posterioridad, quizás una vez edificada la fortaleza, y más tarde constituida en posada, recibió la designación compuesta de *Ullantay tambu*, es decir la ‘posada de Ollantay’, teniendo esta vez como núcleo designativo la voz quechua *tambu*, de origen chinchaisuyo (y no *tampu*, como habría querido el Inca Garcilaso).

Ahora bien, que la forma originaria del verbo aimara ‘ver’ fue *ulla-* en el dialecto local del valle del Vilcanota nos lo prueba no sólo el mismo topónimo sino también el primer

6. Para muestra, un ejemplo: Vicente Fidel López, autor del ahora paleontológico libro *Les races aryennes*, en el que proponía la hipótesis peregrina del parentesco entre el quechua y las lenguas indoeuropeas, hacía derivar Ollantay de *willa antay* “la leyenda y la historia de los andes” (cf. López 1871: 327-328), cuando en todo caso, en buen quechua, el nombre debería haber sido **anti willay* (!).

gramático de la lengua, quien registra <vlla-> (cf. Bertonio [1612] 1984: I, 467; II: 372), como propia del dialecto lupaca que describe, cotérmino del “aimara cuzqueño”, observando al mismo tiempo que los pacases empleaban la variante <vña->, hoy día la versión más corriente en el aimara sureño. Por lo demás, todo indica que la variante con la palatal lateral (es decir *ulla-*) parece haber sido la más extendida en los Andes Centrales, en vista de su cognado *illa-*, registrado por el aimara central (cf. Belleza 1995: 69). El tramo **ulla->uña*, que responde a una antigua tendencia aimara (en virtud de la cual las nasales y las laterales podían alternar), se habría dado en el aimara collavino, y la variación *illa~ulla* (con fluctuación vocálica igualmente frecuente en el aimara) también tiene sus reflejos en dicha rama: así, mientras que en Potosí predomina *iña-*, en La Paz y Oruro se registra *uña-* (ver Briggs 1994: cap. 2, § 2-3.1, 29-30), tocándose en este caso los extremos en favor de los reflejos de **illa-*. Por lo que respecta al sufijo *-nta*, proveniente del protoaimara (PA) **-na̱a* (con elisión vocálica y cambio **ê>t*; ver Cerrón-Palomino 2000: cap. VI, § 2.22.11.1), según se dijo, significa ‘dirección de arriba hacia abajo’ o de ‘encima hacia dentro’, graficando icónicamente la configuración del paraje⁷. En fin, la desinencia *-y*, tan frecuente en la toponimia andina, parece provenir del PA **-wi*, nominalizador que en el presente caso indicaría ‘lugar donde acontece algo’ (cf. *manq’a-wi* ‘lugar donde se come’ = refectorio). Dicho sufijo, al pasar al quechua, sufrió un proceso de síncope, formando con la vocal temática precedente un “diptongo” de la forma *-VW*, y en el presente

7. A decir verdad, el quechua registra el sufijo direccional homófono *-nta*, que se traduce como ‘por’ o ‘a través de’, en expresiones del tipo *urqu-nta* ‘a través del cerro’, *punku-nta* ‘por la puerta’, etc. Tal sufijo se ha venido caracterizando como formado por una *-n* enigmática seguida de la marca acusativa *-ta*, que regida por verbos de movimiento indica meta. ¿Podría ser este sufijo el que forma parte del topónimo? No lo creemos así; por el contrario, pensamos que dicha marca no es sino uno de los tantos sufijos aimaras que registra el quechua (que no conoce el cambio **c>t*, como sí lo hace el aimara).

caso **ulla-nta-w*. Pues bien, el paso final de *aw* > *ay* se explica por medio de la tendencia aimara disimiladora que actuó sobre el quechua en formas como *p'unchay*, *ñaypa*, *wayqi*, etc., provenientes de *p'unchaw*, *ñawpa* y *wawqi*, respectivamente, y que en el caso de nuestro topónimo operó dando *ulla-nta-y* (cf. Cerrón-Palomino 1998: 437, para más ejemplos sobre lo mismo). Esta forma devino luego inanalizable, una vez que el aimara local se extinguía en favor del quechua. Concluyamos este punto observando que, de acuerdo con nuestra interpretación, el nombre Ollantay no pudo haber sido originariamente un antropónimo, como se cree, sino un topónimo (al igual que *Sallqantay* o *Lasuntay*) que luego fue invocado como nombre del héroe mítico rebelde inmortalizado en el drama clásico *Ollantay*, previa formación regresiva en favor de *Ollanta*⁸.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, Orlando

1998 "La muerte en el contexto uru: caso chipaya".
Eco Andino, 5, pp. 8-40.

BELLEZA CASTRO, Neli

1995 *Vocabulario jacaru-castellano / castellano-jacaru*.
Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".

8. En tal sentido, las disquisiciones que hace nuestro colega Calvo (*op. cit.*, § 1.3.1, 17) en relación con la interpretación del segmento -y, que vendría a ser el vocativo quechua o una suerte de "genitivo" (que más parece traducción del castellano al quechua: "tambo de Ollanta"), no tienen mayor sustento, a la luz de las evidencias formales y significacionales que creemos haber aportado. Una vez más, persiste el viejo error, muy garcilasiano, de querer explicarlo todo a partir del quechua, cuando en verdad esta lengua fue a todas luces una entidad superpuesta a la aimara, que la precedió en toda la región centroandina.

BERTONIO, Ludovico

[1612] 1984 *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: CERES e IFEA.

BRIGGS, Lucy Th.

1993 *El idioma aymara: variantes regionales y sociales*. La Paz: Ediciones ILCA.

CALVO PEREZ, Julio

1998 *Ollantay. Edición crítica de la obra anónima quechua*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".

CARRIÓN ORDOÑEZ, Enrique

1993 "Cuzco, con z". *Histórica*. VII: 2, pp. 267-270.

CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo

1997a "La primera codificación del aimara". En ZIMMERMANN, Klaus (Ed.): *La descripción de las lenguas amerindias en la época colonial*. Berlín: Vervuert-Iberoamericana, pp. 195-257.

1997b "El *Diccionario quechua* de los académicos: cuestiones lexicográficas, normativas y etimológicas". *Revista Andina*, 29: 1, pp. 151-205.

1997c "Cuzco y no Cusco ni menos Qosqo". *Histórica*, XXVIII: 2, pp. 165-170.

1998b "El cantar de Túpac Inca Yupanqui y la lengua secreta de los incas". *Revista Andina*, 31: 2, pp. 417-452.

2000 *Lingüística aimara*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas". En prensa.

CORDERO, Luis

[1895] 1992 *Diccionario quichua-castellano y castellano-quichua*. Quito: Proyecto EBI, Corporación Editora Nacional.

- GARCILASO DE LA VEGA, Inca
[1609] 1943 *Comentarios Reales de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores S.A.
- GRIMM, Juan M.
[1896] 1989 *La lengua quichua*. Quito: Proyecto EBI. Edición facsimilar.
- GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe
[1615] 1936 *Nueva corónica y buen gobierno*. Paris: Institut d'Ethnologie.
- GUZMAN, Manuel
[1920] 1989 *Gramática de la lengua quichua*. Quito: Proyecto EBI. Edición facsimilar.
- HERVAS Y PANDURO, Lorenzo
[1800] 1979 *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división, y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Madrid: Ediciones Atlas, Vol. I.
- LEHNERT, Roberto
1987 "En torno a la lengua kunza". En RITCHIE KEY, Mary y Fred C.C. Peng (Eds.): *Language Sciences*, 9: 1, pp. 103-112.
- LÓPEZ, Vicente Fidel
1871 *Les races aryennes du Pérou*. Paris: A la Librairie A. Franck.
- MURÚA, Martín
[1613] 1986 *Historia general del Perú*. Madrid: Historia 16.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl
1961 *Antología del Cuzco*. Lima: Librería Internacional del Perú.

ROSTWOROWSKI, María

1983 *Estructuras andinas del poder*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

SALAS, Adalberto y María Teresa POBLETE

1998 "El aimara de Chile (II: Léxico). *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, Vol. XXIII: 2, pp. 95-138.

SANTA CRUZ PACHACUTI, Joan de

[1613] 1993 *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú*. Cuzco: IFEA y C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas).

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro

[1572] 1965 *Historia Índica*. Madrid: BAE, Ediciones ATLAS, Tomo CXXXV, pp. 195-279.

STIGLICH, Germán

1922 *Diccionario geográfico del Perú*. Lima: Imp. Torres Aguirre.